BUSCAD PRIMERO EL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA

POR

MANUEL ZURDO PIERNO, C. M. F.

1.—El reino del hombre frente al reino de Dios. 2.—Praxis marxista y praxis cristiana. 3.—La praxis cristiana no puede desglosarse de los principios y criterios morales. 4.—«Buscad primero ...»

La transcendencia del cristianismo, su proyección hacia una vida ultraterrena, constituye la piedra de escándalo para los hombres instalados en el mundo y para cuantos viven exclusivamente de cara hacia el progreso material extensivo a todos los pueblos subdesarrollados o marginados por oligarquías tan prepotentes como despiadadas. Es un viejo prejuicio que arranca desde los tiempos apostólicos, en apariencia desentendidos de las preocupaciones terrenales, ante la supuesta próxima venida de Cristo: "Ven, Señor, ven"; y que se perfila, a lo largo de los siglos, por el odio entrañable al judío usurero, monopolizador de las riquezas y tesoros de la tierra. Hasta nuestros días, no se concebía la espiritualidad del hombre de negocios y finanzas. Sobre todos ellos recaían, al igual que sobre los publicanos del A. T., los anatemas populares. Para reconciliarse con el Cristianismo, pondrían por condición muchos hombres de nuestro tiempo la eliminación del Sermón de la Montaña, para ellos conjunto de aporías y enunciados absurdos, inaceptables dentro de una economía y moral social elaboradas a imagen y semejanza del hombre moderno.

¿Cómo admitir —discurren ellos— una providencia reñida con los principios fundamentales de la previsión social, la gran conquista de nuestros tiempos? ¿Cómo esperar del cielo alimento y vestido,

Fundación Speiro

cuando la experiencia más elemental nos enseña que todo debe ir programado y planificado en esta época de racionalización y solidaridad?

Tan sólo una mala inteligencia del texto evangélico puede explicar tamaños desvaríos. Porque no se trata de una invitación al sesteo y a la holganza colectivos, en espera de un maná que lloverá sin falta del cielo. Tal interpretación sería incompatible con el precepto divino del trabajo impuesto al hombre en el Génesis.

1. El reino del hombre frente al reino de Dios.

Para el marxismo es un crimen de lesa humanidad hablar del reino de Dios. Si no hay otro dios que el hombre, el cual, en su enajenación milenaria, ha proyectado sobre un ser quimérico sus propios atributos y prerrogativas regias, se da una transposición lastimosa cuando se habla del reino de Dios en la tierra y de un más allá tornasolado por sentimentalismos anacrónicos y senescentes. La meta final hacia donde camina la historia a ritmo acelerado es el reinado del hombre, su liberación de la opresión burguesa y su dominio pleno sobre las fuerzas de la naturaleza. Cierto que ese reinado del hombre colectivo deberá pasar por varios estadios de lucha y heroísmo sobrehumanos personificados en varios tipos de hombre forjados por la dinámica creadora del marxismo. Así, el hombre marxista de hoy es el proletario que tiene conciencia de su condición de tal y lucha denodadamente por el triunfo sobre su alienación y la conquista de las prerrogativas esenciales del hombre. Portador en su carne de la deshumanización del hombre y espoleado por este sufrimiento secular, trabaja sin descanso por llegar al objetivo supremo de la realización total de las humanas potencialidades.

En la etapa final caracterizada por la sumisión completa de la naturaleza al dominio del hombre, emergerá el auténtico hombre marxista, el hombre "escatológico" —con léxico cristiano— que dará comienzo a la verdadera historia de la humanidad, a la era paradisíaca en que se verán satisfechos los utópicos anhelos de una seudoreligión cuya deidad única será la comunidad internacional socialista.

Fundación Speiro

Pero la dialéctica marxista exige un tipo de hombre intermedio entre el proletario iniciador de la lucha y el hombre escatológico, beneficiario definitivo de la era irreversible de paz y fraternal convivencia en la sociedad internacional comunista. Y ese hombre es el representante de la dictadura del proletariado que, arma al brazo, mantiene las conquistas conseguidas: la supresión de la lucha de clases, el final de la desalienación en curso y la anulación total de las fuerzas reaccionarias que surgen, aquí y allá, contra los pueblos socialistas.

2. Praxis marxista y praxis cristiana.

Crece por días el entusiasmo del progresismo más radicalizado por la "praxis" marxista, por el realismo con que actúa sobre los resortes de la historia proyectada, según ellos, hacia el triunfo universal del comunismo. Con frase plástica ha calificado Mounier el realismo marxista de "mordre sur l'histoire", mordedura sobre la historia, de acción directa sobre su sentido, que no es otro que la liberación de las clases trabajadoras en el régimen de justicia social gestado por Engels, Marx y Lenin. Para este tipo de progresistas sociales, verdadera cabeza de puente con las organizaciones marxistas, el escándalo mayor de nuestros tiempos es la pasividad de la Iglesia que no se decide a ponerse de parte de los oprimidos, mediante una cooperación sincera con las huestes del comunismo, en la empresa común de arrumbar para siempre la hegemonía de las oligarquías capitalistas. Pretender, como quiere la Iglesia, alumbrar un mundo más justo y humano con la sola irradiación de su doctrina social es, para ellos, la ingenuidad más simplista que imaginarse puede. ¿Cómo limitar la lucha contra las injusticias sociales a la esfera inoperante de una ideología cada vez más periclitada, cuando ellos, los detentadores del poder económico y político disponen de los medios y recursos más eficaces para perpetuar su dominio sobre el mundo del hambre y de la servidumbre? Tan sólo "la colaboración franca y resuelta del mundo cristiano con el comunismo en su lucha contra el régimen capitalista alumbrará el gran día de la fusión en un solo pueblo de los

Fundación Speiro

hijos de Dios y el pueblo de los hijos del hombre, el pueblo cristiano y las muchedumbres seguidoras de Marx" (1). ¿A qué clase de colaboración se refería Mandouze en la primera virulenta aparición del progresismo cristiano a raíz de la segunda Guerra?

La actuación hodierna de no pocos de sus seguidores lo pone bien de manifiesto. Querrían una Iglesia alineada en orden de batalla con las organizaciones marxistas; una jerarquía que descendiera de la cátedra magistral de las pastorales más o menos enérgicas y hasta condenatorias de las injusticias sociales y atropellos de los derechos sagrados de la persona, para animar los movimientos revolucionarios que luchan en el ágora, en el agro y en la fábrica; unos sacerdotes que silmultanearan la presidencia de la asamblea litúrgica con el liderazgo de los grupos sociales en colisión con el Poder constituido —para ellos—, "el desorden establecido".

Aberración que llevaría a la Iglesia a un enfeudamiento con el régimen marxista y a un clericalismo más odioso de los cuales pretenden liberar a la Esposa de Cristo. ¿No fue éste el falso camino seguido por Lamennais, el precursor del progresismo cristiano? ¿No es esto confundir la teología con la sociología, la salvación espiritual del mundo con la liberación socioeconómica de las clases trabajadoras? ¿O es que el Evangelio ha necesitado de la espada, como el Corán de la cimitarra para ganar los pueblos para Cristo?

3. La praxis cristiana no puede desglosarse de los principios y criterios morales.

Para los partidarios de la colaboración con el marxismo en la lucha de clases, ésta se impone por razón de su eficacia. Es, a modo de idea-fuerza, que imanta a las muchedumbres populares y las sostiene, contra viento y marea, en su esperanza mesiánica de futura salvación. Es decir, que hoy la acción social, para muchos sedicentes apóstoles del pueblo sufriente, se ha desplazado del campo de la mo-

(1) Dixième Cahier, editado por Jeunesse de l'Eglise. Roud-Point-Petit-Clamart (Seine). Para una exposición más amplia, véase mi obra: *De Mounier a la teología de la violencia,* págs. 35-62. Madrid, 1969.

Fundación Speiro

ral social con sus principios y normas directrices para situarse en el palenque de la pura competividad. No interesa tanto la ortodoxia de los principios en que se basa la acción social, cuanto la eficacia de ésta para llegar rápidamente a la meta codiciada.

Ante la lenta y aun problemática encarnación de la doctrina social de la Iglesia en la conciencia colectiva, frente a la rapidez fulminante de las campañas marxistas por la conquista de la justicia social, la opción no puede ser otra que la de embarcarse con el marxismo en la tremenda aventura del porvenir del mundo, identificado con el porvenir de los pobres y oprimidos. En último término —argumentan ellos— bien vale la pena de arrojar por la borda los escrúpulos de la licitud o ilicitud de los medios a escoger, cuando la meta a que conducen es, a todas luces, honesta y beneficiosa para la humanidad.

Tal solución pragmática y oportunista es todo un síntoma del progreso alarmante de la moral de situación en las conciencias. Se dice aceptar los principios reguladores de la humana actividad; pero, en la práctica, la conducta privada, familiar y social deslízase sistemáticamente por la rampa inclinada de la conveniencia, del utilitarismo y hasta del hedonismo más descarado. Se reivindican fieramente los derechos sagrados de la conciencia, como supremo atributo de la dignidad de la persona; pero, en realidad, no se trata de la conciencia auténticamente humana iluminada por la luz de los principios y criterios morales; sino de una seudoconciencia, verdadero caleidoscopio de actitudes cambiantes y arbitrarias inspiradas en el talante de cada momento o tensión emocional. Hoy ya no se pregunta: ¿qué dicen los dioses?, o, con lenguaje nuestro, ¿qué normas de acción dictan la ética social y la moral cristiana?; sino que se interroga al yo fluctuante, al humor visceral o al vitalismo de las pasiones individuales o colectivas.

Ante ese giro copernicano de las conductas y modos de vida ¿habremos de admirarnos de que la doctrina social de la Iglesia, "parte integrante de la vida cristiana", pierda prestigio y vigencia en la humana convivencia y de que se vea arrumbada por ciertos escritores católicos al trastero de las ideologías senescentes y desfasadas?

Hay en todo ello un confusionismo lamentable, una crasa ignorancia del valor y alcance de los principios de la doctrina social de la

Fundación Speiro

Iglesia. Los principios en que ésta se basa —escríbese con harta frecuencia— son principios abstractos e inmutables que no tienen conexión con la realidad social concreta hecha de fluencias históricas y complejos fácticos. He aquí el gran sofisma en que se parapetan los adversarios de la doctrina social de la Iglesia para enclavarla en el "inri" de la preterición y el menosprecio. La objeción sería válida si la doctrina social de la Iglesia se limitara a formular principios morales en perpetuo psitacismo desde León XIII hasta Pablo VI, sin el menor contacto con los problemas vitales de cada época y coyuntura económica y sociopolítica. Mas no es así. Esos principios de valor perenne, por estar anclados en la Revelación y el derecho natural, descienden a aplicaciones concretas y muy variadas y hasta dispares, al ser confrontados con la realidad fluente de los problemas en cada momento histórico. Así, por ejemplo, la dignidad de la persona humana, el bien común y la justicia social, son principios igualmente intangibles para León XIII, que para Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI. Pero la persona humana de la "Pacem in Terris" y del "Vaticano II", estudiada más a fondo y confrontada con el nivel social de nuestro tiempo, vese aureolada con una guirnalda de derechos inéditos en la época del Papa de la "Rerum novarum" (2).

4. "Buscad primero ...".

La evangelización del mundo del trabajo, problema urgente si los hay, alumbró una corriente apostólica marcadamente temporalis-

(2) «Si bien no interviene (la Iglesia con su doctrina) para dar autenticidad a una estructura determinada o para proponer un modelo prefabricado, ella no se limita simplemente a recordar unos principios generales. Se desarrolla por medio de una reflexión madurada al contacto con situaciones cambiantes de este mundo, bajo el impulso del Evangelio como fuente de renovación, desde el momento en que su mensaje es aceptado en su totalidad y en sus exigencias. Se desarrolla con la sensibilidad propia de la Iglesia, marcada por una voluntad desinteresada de servicio y una atención a los más pobres; finalmente se alimenta en una experiencia rica de muchos siglos, lo que permite asumir en la continuidad de sus preocupaciones permanentes la innovación atrevida y creadora que requiere la situación presente del mundo» (Pablo VI, en la *Octogessima Adveniens*, núm. 42).

Fundación Speiro

ta que pone entre paréntesis la predicación del mensaje cristiano a la espera de la implantación de la justicia social en las relaciones socioeconómicas. Prototipo de esa corriente, en la actualidad muy caudalosa, fue Montuclard, con sus consignas a la promoción sacerdotal francesa volcada, en cuerpo y alma, a la reconquista de las masas obreras. ¿Quién iba a decirlo? El teólogo de mayor resonancia entre el equipo autor de "L'Évangile captif", grito de protesta contra la sordina impuesta desde arriba a la predicación del Evangelio en su proyección sociorreligiosa, dio marcha atrás a sus ímpetus evangelizadores para replegarse al "apostolado del testimonio mudo", postura difícilmente conciliable con la "participación activa" en la lucha del proletario contra el capitalismo, su opresor.

"En espera de la futura irradiación del Evangelio —decía Montuclard a los sacerdotes obreros— el apóstol debe resignarse, aun con dolor de su alma, a llevar el Evangelio dentro de su corazón ("a tenir en son coeur l'Evangile captif"), es decir, a no predicarlo, a renunciar hasta la intención misma de convertir y de buscar el menor resultado apostólico inmediato que podría confirmar, en el ánimo de los militantes solventes del movimiento obrero, la objeción demasiado extendida de que la religión sólo puede existir en las conciencias *alienadas*."

"Haciendo caso omiso del ateísmo explícito o implícito de las masas —prosigue Montuclard— el apóstol debe bajar a la arena política, en el plan sugerido por la realidad del proletariado; esto es, por las razones objetivas puestas al día por esta "ciencia de la sociedad" que es el marxismo ..."

Tan optimista se siente nuestro teólogo de esa actitud de silenciamiento del Evangelio y abierta colaboración con la revolución marxista, que llega a afirmar con énfasis profético: "La clase obrera volverá a ser cristiana pese al ateísmo actual de los regímenes comunistas" (3).

Más o menos influidos por las consignas de Montuclard diluidas en cierta literatura social de nuestros días, pululan por ahí los predicadores de homilías "descralizadas", en que el tema central y

(3) Cf. De Mounier a la teología de la violencia, págs. 36-51.

Fundación Speiro

hasta el único lo constituyen las diatribas contra las injusticias sociales, y ello aun cuando el auditorio sea el menos indicado para tales andanadas políticosociales. ¿Queremos decir con esto que los temas sociales hayan de eliminarse sistemáticamente de la homilía y la predicación sagrada? Nada menos que eso. Si la predicación ha de ser medularmente evangélica y el Evangelio tiene un valor y sentido social del que no puede disociarse, es obvio que los temas sociales, en sus grandes líneas y en el plano religiosomoral, entran de lleno en el cometido del sacerdote, en cuanto proclamador de la divina palabra. Pero, eso sí, las aplicaciones a problemas sociales de actualidad exigida por razones de autenticidad y eficacia pastorales han de fluir virtualmente del evangelio o lectura bíblica comentada, no de la arbitrariedad del predicador que hace de la glosa bíblica una lección de sociología profana o, lo que es peor, es una soflama mitinesca indigna de labios clericales y del lugar sagrado en que se pronuncia. Movimientos pendulares de los tiempos... Del silenciamiento casi absoluto de los documentos sociales y políticos de la Iglesia en las primeras décadas de nuestro siglo, se ha pasado, en los últimos años a la obsesión declamatoria de los temas temporalistas.

Se ha clamado contra el "moralismo" de la antigua oratoria sagrada por su martilleo constante en torno al sexto precepto; y se incide ahora en semejante unilateralismo, al hacer de la justicia social el tema exclusivo de la predicación al pueblo fiel. ¿Dónde han quedado los entusiasmos por el kerigma, por el retorno a las fuentes primigenias de la predicación? (4). ¿O es que ya no cuentan el dogma, los sacramentos y la vida litúrgica de que tanto necesita el pueblo de Dios extravertido, en su máxima parte, hacia el clima hedonista y hacia los incentivos del erotismo más desenfrenado? Se dirá con lenguaje calcado en Montuclard y sus epígonos aún más radicalizados, que para llegar a la mente y corazón de las masas descristianizadas es del todo punto indispensable una "época precristiana" en que la implantación de la justicia social prepare los caminos del reino de Dios en la tierra. Evidentemente. Sería empresa quimérica fundamentar la

(4) Cf. «Fe y moral en el actual momento eclesial español», *Ecclesia*, núm. 1.609, septiembre de 1972.

Fundación Speiro

paz social y la fraternal convivencia sobre las aristas irritantes de la injusticia y el atropello sistemático de los débiles y marginados. La paz es fruto sazonado de la justicia —"opus iustitae pax"— o, mejor, según la bella imagen bíblica: "iustitia et pax osculatae sunt" (texto del antiguo salterio).

Pero esperar a la realización plena de tan hermoso ideal para iniciar el apostolado del pueblo sufriente distanciado de la Iglesia, es desamparar espiritualmente a gran parte del mundo del trabajo que se hunde por días en la incredulidad y el materialismo. Ni se diga que tal riesgo se evitará con el triunfo rápido del justicialismo socialista o comunista. Porque, aparte de que tal justicialismo impuesto por un régimen totalitario de tipo marxista o promarxista comporta la suspensión de los derechos más sagrados de la persona y de la familia, la promoción económica de las masas humildes llevada a cabo bajo signo materialista y ateo, las llevaría insensiblemente al olvido de Dios y de los valores religiosos y morales.

Es un fenómeno de repercusión planetaria demostrado por el P. Desqueyrat en su obra: *Crise réligieuse des temps nouveaux.* Cuando se ha hecho correr a las gentes tras el pan material y la elevación del nivel de vida en su acepción puramente económica, apágase en ellas la sed de Dios y de su reino sobre los espíritus. Trátase de una ley pendular que nunca deja de cumplirse. Y es que el hombre de hoy, como el de ayer y el de mañana, es algo más que estómago y apetencias terrenales.

Fundación Speiro